



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: España ante la
comunidad iberoamericana: una
ambigüedad a superar

Autor: Rubio Cordón, José Luis

Forma sugerida de citar: Rubio, J. L. (1999). España
ante la comunidad
iberoamericana: una
ambigüedad a superar.
Cuadernos Americanos, 2(74),
17-35.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 74, (marzo-abril de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

España ante la comunidad iberoamericana: una ambigüedad a superar

Por *José Luis RUBIO CORDÓN*
Universidad Complutense de Madrid

1898: ¿qué desastre?

EN ESPAÑA la derrota de 1898, la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, fue considerada y adjetivada como “de saastre”. Tengo para mí que tal calificación se debió, más que a la pérdida en sí —acontecimiento inevitable—, a la forma bochornosa en que se produjo, derrotados por los Estados Unidos, que nos impusieron un Tratado de París que no ahorraba a España ninguna humillación.

Las independencias tenían que venir antes o después. Y el pueblo español tendría que asimilarlas. ¿Cómo no las iba a asimilar si, por ejemplo, en Cuba se quedó un número muy considerable de soldados españoles —unos 40 000 de los 200 000 combatientes—, que no se repatriaron sino que se cubanizaron? Y a Cuba fueron, a partir de entonces, oleadas crecientes de españoles. Ni un gesto de odio para España hay en Martí.

La asimilación del hecho, del fin del viejo Imperio, se tenía que producir de inmediato. Y las relaciones entre las antiguas provincias del Caribe y Asia con la antigua metrópoli tenían que ser de inmediato fraternas y positivas. Los lazos de unión no se iban a acotar: se iban a continuar de una forma nueva.

Pero lo que hería más profundamente era la forma. Era el avasallamiento inmisericorde por Norteamérica. La forma humillaba tanto a España como a sus antiguas posesiones americanas. Por cada bandera española que arriaba, no se izaba otra de los patriotas: se izaba la de Estados Unidos. Tanto los españoles como los hispano-americanos formábamos pueblos de civilización inferior, ahora sometidos a la dominación de una “civilización esclarecida” superior.

Tanto fue así que se reveló ampliamente en las zonas de la América continental de habla hispana, junto a la solidaridad con

los compatriotas cubanos, puertorriqueños o filipinos, un sentimiento de rechazo ante la intromisión yanqui en el pleito de familia. Leopoldo Zea ha escrito: "La inteligencia latinoamericana del fin del siglo XIX y los pueblos al que pertenecían vieron en la agresión estadounidense a España una agresión al mundo iberoamericano del que se sabían parte; agresión semejante a la que habían sufrido pueblos como el de México en 1847 y Centroamérica en 1855".

El sentimiento de "desastre" en la Península inclinaba al ensimismamiento, a buscar en el refugio europeo un paliativo a tanta desmesura universal de los cuatro siglos anteriores.

Y fue desde la América hispana desde donde llegó una salutación de aliento, de esperanza en un futuro nuevo. Una afirmación de que todo lo anterior no había sido en vano, de que la unidad creada por la Corona española podía perdurar en una forma distinta, entre iguales. Que así era como esa unidad podía alcanzar fecundidad nueva. Si una forma acababa porque tenía que acabar, otra forma empezaba. Y en ella, España tenía un sitio como cualquiera de las naciones de la América Hispana.

He recordado con frecuencia la voz del puertorriqueño Jose de Diego:

¿Quién celebra en América tu muerte?
 ¿Quién maldice el altar de tu memoria?
 ¿Cuál de tus hijos te injurió con saña?
 ... al último gemido empieza el canto
 de la ascensión, del renacer glorioso.

¿Y quién olvidará las sonoras palabras del nicaragüense Rubén Darío convocando a una nueva unidad?

No son insensibles los españoles a estas llamadas. La "Unión Iberoamericana", que se había proclamado vigorosamente hacía veinte años, y todo el despliegue en torno al Cuarto Centenario, en 1892, se sienten forzados. Se va haciendo carne en todos los sectores sociales, en las distintas clases, en las distintas ideologías, la llamada americana.

Para el anarcosindicalismo, entre Iberoamérica y España no hay fronteras: todo es un mismo territorio. El socialismo va a proponer la creación de una Federación de Trabajadores Iberoamericanos. Acción Española enarbola como esencial la bandera de la hispanidad. Tradicionalistas y falangistas sostienen en sus programas la idea básica de la unidad con Iberoamérica. Se hacen expo-

siciones, como la de Sevilla, para el mundo hispanoamericano. La llegada de la Segunda República es celebrada como una fiesta del mundo hispánico: llega la última República a la gran familia.

Integración: ¿con quién?

Si España ha de integrarse en una entidad superior, supranacional, será necesariamente con los suyos, con sus hermanos, con los países de Iberoamérica. ¿Quién lo duda?

Avanza esta concepción en la misma medida en que universalmente se va comprendiendo, con el adentramiento del siglo, que el agente histórico capaz de intervenir en la historia con algún peso ya no puede ser la entidad que lo ha sido hasta ahora, que hay exigencia de unidades superiores, supranacionales, con suficiente peso —cultural, científico-técnico, económico, militar y político— para estar presente con fuerza condicionante en el acontecer humano.

A medida que el siglo avanza, la vieja nación va periclitando. Con el fin de la Segunda Guerra mundial se impone la necesidad de configuraciones superiores. ¿Y sobre qué base han de construirse estas unidades superiores?

Caben dos fórmulas que, en nuestra lengua castellana, podemos definir como las del *ser* y el *estar*: una base histórico-cultural, y una base geográfico-continental.

Estimo que no se ha meditado lo suficiente sobre el momento decisivo que se vive a mediados de siglo, en el tiempo de la posguerra. En Europa, especialmente por parte de Francia y de Inglaterra, se podía —y en algún momento se intentó, especialmente en la concepción francófona del general De Gaulle— haber inclinado la balanza hacia la edificación de unidades culturales transcontinentales. La Europa destruida estaba abocada a una reconstrucción solidaria, de socialismo en libertad, en el interior de sus países. Lo que obligaba a una reconstrucción de sus sistemas coloniales, para imponer también aquí una acción niveladora, socializadora, de ajuste y alteración de las fórmulas coloniales: tocaba la hora de dar, tras la de recibir. Los ideales que se habían proclamado en el conflicto obligaban a ello.

Es un momento estelar, en 1947, cuando la gran potencia vencedora, los Estados Unidos, imponen —con su “benéfico” Plan Marshall— la reconstrucción industrial de Europa a cambio de que se cierre el paso a toda aventura no capitalista, aunque sea con gobiernos nominalmente socialistas. E imponen, igualmente, un

tipo de descolonización que llena el mundo de nuevos países teóricamente independientes, pero sometidos a dependencias económicas más duras y que no obligan a las neometrópolis a ofrecer ninguna compensación. Los países esclavos pasan a ser países proletarios. Nunca a ser verdaderamente libres.

El *estar* continental se impone sobre el *ser* histórico-cultural. Europa se concentra, se recluye en sí misma. Abandona su dominación política de África, pero no su explotación de África. No habrá, pongamos como ejemplo, una Comunidad Francófona de Naciones, hecha entre todos, en la que la antigua metrópoli ofrezca aportaciones culturales y niveles políticos, sin explotación, con nivelación progresiva en las formas de vida, con respeto a las diversidades y peculiaridades de cada pueblo, pero con un ideal básico común. Habrá un continente en convulsión y degradación continua, que parece estar condenado a su desaparición en los sumideros de la Historia.

España, en ese momento decisivo, está al margen. No cuenta. La larga dictadura la mantiene aislada. No recibe beneficios del Plan Marshall. Su fondo general —los que permanecen y los exiliados— mantienen aún la idea del *ser* sobre el pancontinentalismo del *estar*. Bulle en su fondo un proyecto autónomo, propio de lo que puede llamarse Comunidad Iberoamericana.

1953: España cambia de frente

PERO, en este momento, se va a producir el gran cambio. Se va a producir por la voluntad del autócrata gobernante, que necesita apoyos internacionales sólidos para su continuidad en el poder. (Autócrata que, por otra parte, a pesar de todas las apariencias, siempre fue un aliado del poder británico, y pasará a serlo, más ampliamente, del poder anglosajón imperante).

En 1953 Franco suscribe con el gobierno norteamericano unos acuerdos de cesión de bases que significan que, por primera vez, España deja de tener capacidad de decisión para entrar o no en una guerra. Algo que el régimen no había otorgado nunca a Alemania o a Italia, se pone en manos de Estados Unidos.

Es un cambio histórico de la más alta trascendencia. Ya no hay un sueño de integración supranacional con los pueblos hispánicos. Washington es nuestra metrópoli, y a su proyecto pancontinentalista nos sometemos. La integración de la Europa del Merca-

do Común, que se solicita en 1962, es obligada. Es obligada, por supuesto, la integración en la Alianza Atlántica (OTAN).

Superado el obstáculo de la forma dictatorial, con la transición democrática, que culmina en la Constitución de 1978, se pueden realizar plenamente los objetivos internacionales de la dictadura: ingresamos en el Mercado Común Europeo (CEE, hoy Unión Europea) el 1° de enero de 1986, y nos integramos en la Alianza Atlántica, tras el referéndum del 12 de marzo del mismo año.

La herencia de la Segunda Guerra mundial sigue vigente. La ilusión de una Europa unida, para alzarse independiente ante el poderoso imperio norteamericano y ante el coloso soviético, queda en aspiración inconcreta. Estados Unidos sigue decidiendo. La Europa unida no puede decidir por sí, porque sus elementos integrantes no tienen factores comunes lo suficientemente fuertes como para compensar los elementos divergentes. La suma de todos tiende a dar cero. Y con un cero aparece Europa hoy en los grandes conflictos de nuestra hora. Ni siquiera en los propios Balcanes europeos puede pronunciar una palabra decisiva, ni en Palestina, ni en ninguna parte... si no es en seguimiento de la única superpotencia que sobrevive a la guerra fría. (Para poner un punto de esperanza: tal vez Europa pueda ejercer hoy un influjo positivo en la defensa universal de los derechos humanos. Bien está).

Europa unida no presenta un proyecto claro de convivencia universal. Democracia y Libertad, Derechos Humanos, Todos los Hombres son Iguales... pero ello no es monopolio de Europa. Y Europa tiene bien cerca la negación de todos esos principios. Hace sólo medio siglo, la mayor parte de Europa era territorio totalitario y aun racista. Y hay sus temores de que la unión de todos los países europeos pueda llegar a ser —o está siendo ya— en importante medida una Gran Alemania resucitada.

Bajo ese signo, integrada en la Unión Europea —incluso en la moneda común— España (con Portugal en igual medida) se encuentra definida internacionalmente desde Bruselas. Nuestra soberanía, en los rubros más importantes, ha desaparecido. Cuando se levanta alguna queja sobre alguna medida económica o social que se presenta desventajosa, sobreviene la justificación concluyente inmediata: es exigencia de la Unión Europea. Se termina la discusión: no hay más que hablar. Es el Dogma supremo. Cualquier impulso hacia una propuesta específica hispana en política exterior debe ser sometida a la política común, que teóricamente resultaría

de la medida entre los finlandeses y nosotros, y en la práctica resulta del país más poderoso de Europa.

España bífrente

PERO, al mismo tiempo, y en un plano secundario, sin que interfiera en el plano más importante, aparece Iberoamérica. No todo está dormido y olvidado. Desde 1991, desde la Primera Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno celebrada en México —en Guadalajara—, se inicia un conato de Comunidad Iberoamericana de Naciones.

No sabemos adonde nos llevarán estas Cumbres. Por ahora se han venido celebrando regularmente con carácter anual, desde la Segunda en Madrid hasta la Octava en Oporto, el pasado mes de octubre. La próxima, la Novena, se celebrará en La Habana.

Así nos encontramos, a estas alturas, con una España (y un Portugal) escindida en dos frentes, con dos caras. Por supuesto, desiguales. A una le hemos entregado gran parte de nuestra soberanía: a la Unión Europea. A otra —la Comunidad Iberoamericana— le venimos entregando nuestras declaraciones —a pesar de todo, sinceras— de amor. ¿Cómo olvidar nuestra vertiente americana, aun volcados en el Viejo Continente, sin hacer desaparecer lo más consustancial de nuestra aventura en la Historia? Incluso: ¿qué podemos significar en Europa si nos desprendemos de nuestro significado iberoamericano?

Esta bífrente situación también se da, en mayor o menor medida, en otras latitudes de la Comunidad Iberoamericana: México se integra, con los Estados Unidos y Canadá, en la Zona de Libre Comercio de América del Norte (TLC). Y Puerto Rico, sometido desde hace un siglo a la dominación norteamericana, compagina ese sometimiento con la fidelidad al área cultural hispana. Y, por cierto, no se entiende cómo si un miembro de la Unión Europea como España puede participar en las Cumbres Iberoamericanas, no participe en las mismas una posesión de los Estados Unidos como Puerto Rico. Al fin y al cabo, las vueltas y revueltas de la historia nos han venido a situar a los españoles en la posición de una especie de lo que forzosamente se llama Estado Libre Asociado, como Borinquen se situó desde 1952.

En España ha pesado más decisivamente el *estar* que el *ser* en nuestra definición supranacional, o de gran nación a la altura de los tiempos. Estaba bien claro en la carta que el ministro de Asun-

tos Exteriores de la dictadura hace, en 1962, con la solicitud de adhesión al Mercado Común fundamentada en “la continuidad territorial de mi país con la Comunidad y la aportación que su posición geográfica puede representar para la cohesión europea”.

Pese a ello, en lo hondo de nuestro ser sabemos que para *ser* nosotros tenemos que seguir siendo, no ya los ibéricos, sino los iberoamericanos, los indo-afro-iberoamericanos mestizos del Viejo Continente.

La doble vertiente de nuestra situación actual nos tiene a algunos —a bastantes, aunque no a la mayoría— en un temblor de angustia ante la posibilidad de que, con la pérdida de la conciencia americana, se acabe perdiendo toda conciencia española. Día a día sopesamos nerviosamente los síntomas negativos y los síntomas positivos. Y cada día encontramos motivos de esperanza y de abatimiento.

Día a día tratamos de encontrar la fórmula adecuada para ser fieles a nuestro *ser* con Iberoamérica, sin quebrar, lo que ya parece, por ahora, imposible: nuestra ubicación política y económica en el *estar* de la Unión Europea.

Apuntemos, someramente, algunos de los síntomas negativos y positivos. Y adelantemos, también, la difícil posibilidad de superar las contradicciones.

España hoy

PERO antes es necesario cavilar lo que España, en sí misma, es decir, los españoles, alcanzamos en esta hora final del siglo xx.

Cuando el siglo comienza, no representábamos nada, no éramos nada. La España que nos describe Machado, “vieja y tahúr, zaragatera y triste”, era un pozo de atraso en casi todos los niveles, pese a la presencia de algunas mentes poderosas y de fuerzas sociales soterradas. ¿Cómo establecer comparaciones con los vecinos europeos o con los norteamericanos?

Y no obstante, a un tercio del siglo, tras la Guerra Civil, fraticida y laminadora, que deja al país en la ruina, más subdesarrollado que nunca, va a generarse un impulso vital formidable, una ansia de vida sorprendente.

Se tiene por evidente fuera de España, y sobre todo en los países de América, que lo único valioso de la Península va a residir en el exilio, como la España “*transterrada*”, que lo que queda es un “*páramo*” muerto. Y no es así. Bien lo percibe en la temprana fe-

cha de 1955 la sensibilidad de un poeta, vasco de Hernani, Gabriel Celaya, cuando escribe su "España en marcha", unos versos que bien podrían ser nuestro canto colectivo:

Somos bárbaros, sencillos,
somos a muerte lo ibero
que aún nunca logró mostrarse puro, entero y
verdadero.

Españoles con futuro
y españoles que, por serlo,
aunque encarnan lo pasado no pueden darlo por
bueno.

España mfa, combate
que atormentas mis adentros,
para salvarme y salvarte, con amor te deletreo.

El conjunto del pueblo español, como tal, queda en su propia tierra. Y produce, con sacrificio, superando todas las dificultades, con un esfuerzo gigantesco, un despertar de energías que van a transformar a España, que van a hacer de la España del hambre y del subdesarrollo la décima o undécima —algunos apuntan que la séptima— potencia mundial. Es un hecho evidente y maravilloso, que cambia de raíz nuestra situación relativa en el mundo. El último informe del Programa de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo, relativo a 1997, nos sitúa en el puesto decimoprimeros en Desarrollo Humano. Nada queda de la nación "vieja y tahúr" que dormitaba y seesteaba cerrada a la modernidad. La esperanza de vida media se sitúa en los 80 años, en el segundo puesto, tras Japón. Si en un siglo la población se duplica, la riqueza se multiplica por 17. España, en los últimos diez años, es el país de mayor agresividad comercial.

Claro que aún estamos en el 75 por 100 del PIB por habitante de la media de la Unión Europea, claro que tenemos aún escandalosos niveles de desempleo, claro que no somos la cabeza del mundo, claro que aún quedan —según *Cáritas*— más de dos millones de familias pobres... pero no somos el país paupérrimo que conocí en mi infancia y juventud. En cualquier campo del arte, de la literatura, de la ciencia, de la técnica, de la industria, gozamos de un nivel apreciable. Un país, hasta hace poco, de emigración, se ha convertido en un país de inmigración.

Cada sector político se apunta los logros. Pero, en verdad, ellos se deben a un empuje sorprendente de un pueblo que parece resucitado, vital, ambicioso... tal vez dejando en el camino valores sociales importantes.

La España a la que regresan los exiliados, tras la restauración democrática, no es la misma de la que se marcharon. No son las mismas ciudades ni los pueblos, ni los caminos que los unen. Como se asombraba uno de ellos, dejó la España de la alpargata y se encontró la España del automóvil utilitario. Los sucesivos gobiernos pudieron tener sucesivos aciertos económicos. Pero el autor de la hazaña fue el esfuerzo de un pueblo con afán de superación y de trabajo.

Lo que en 1898 aparecía como un país acabado, negado para la cultura, para la técnica, para la acción en la Historia, aparece un siglo después como un país despierto, redescubridor en su interior de energías asombrosas.

¿Europa o Iberoamérica?

ESTA España de hoy es la que se encuentra dividida entre sus dos vocaciones, europea e iberoamericana. Es decir: lo que se tiene por doble vocación, cuando en verdad sólo existe la posibilidad de una sola.

Tal vez —tengo para mí que sí— cuando pasen los años, la vocación europea —pancontinental— que hoy prima y subordina a cualquier otra, sea tenida por la mayor falsificación de la historia de nuestro país, y el momento de la opción europea sea considerado como el de nuestra propia negación. Un hecho de gravedad: ante Iberoamérica, España y sus elementos constitutivos —los que la Constitución de 1978 llama “nacionalidades y regiones”— no pueden ser más que una cosa. Ante Europa —¡bien palpable y dolorosamente lo vemos!— tienden a ser plurales y dispersos. Iberoamérica es para España razón de unidad. Europa, con frecuencia, aparece como razón de quiebra.

De cualquier forma, la opción paneuropea, adoptada en 1962 y reafirmada en la transición democrática, es la vigente. Y no se vislumbra, por ahora, la posibilidad de desandar el camino.

Y en este caminar se han ido produciendo elementos positivos y negativos para nuestra auténtica vocación iberoamericana.

Cercanías

POSITIVAMENTE se han producido: Una profunda "latinoamericanización" de los organismos de la Unión Europea. España (con Portugal) ha marcado con su entrada en el aparato de Bruselas un cambio de interés por los asuntos de Iberoamérica y la colaboración con la misma. La representación de los países latinoamericanos ante la Unión Europea ha encontrado un firme apoyo en los funcionarios españoles. Igualmente se ha verificado un cambio en el Parlamento Europeo de Estrasburgo: los eurodiputados españoles —sin distinción de partido— han hecho sonar los intereses iberoamericanos en este foro europeo. Nuestro país es abanderado de la Cumbre MERCOSUR-Unión Europea, que se ha de celebrar en Brasil.

España se ha mostrado en todas las instancias internacionales como el más beligerante país en defensa de la ayuda económica a los países iberoamericanos afectados —o amenazados— por la crisis económica derivada de la caída de las Bolsas asiáticas. En la Unión Europea y en el Fondo Monetario Internacional ha mostrado su insistencia en el apoyo a estas economías que han hecho notables esfuerzos de estabilización —sacrificando, con frecuencia, a las clases más desheredadas, y que serían aún más sacrificadas de prosperar la crisis. La administración española ofreció una ayuda de 5 600 millones de dólares para atender esas necesidades.

Naturalmente, esta ayuda es en parte ayuda a sí misma —a la economía española—, pues capitales españoles invierten hoy en los países de Iberoamérica en forma preferente. Estas inversiones constituyen hoy una de las principales aportaciones de capital extranjero en Iberoamérica, y en algunos países es la primera. Empresas de servicios hispanas, así como entidades financieras, han desembarcado en Iberoamérica como lugar preferente. Telefónica, Iberia, Banco de Santander, Banco Bilbao-Vizcaya, etc., ocupan posiciones cada día más sólidas en Brasil, Argentina, Chile, Perú, etc. Naturalmente, como toda empresa capitalista, buscan el incremento de beneficios y desnacionalizan el tejido empresarial local. Por eso, algunas veces, la irrupción de esas grandes empresas españolas es acompañada de protestas populares, sobre todo cuando, como en algunos casos —en Argentina, por ejemplo—, su implantación no ha sido modélica —desastroso resultado en el caso de Aerolíneas Argentinas, o en la oposición de los nativos a la presa en el Alto Biobío de Chile. De cualquier forma, esta pasión descubierta de las grandes empresas hispanas por los países

iberoamericanos representa un factor de conexión muy fuerte de España con estos países, que añade interés y aleja indiferencia por su devenir económico. El desarrollo y la prosperidad iberoamericanas interesa ahora a muchos bolsillos españoles.

Nuestro país se ha preocupado y sigue preocupándose intensamente en los procesos de pacificación iberoamericanos, tales como los de Centroamérica —Nicaragua, El Salvador, Guatemala— y Colombia. Ha puesto y pone sus medios diplomáticos y militares a disposición de estos países para el salto de la guerra civil a la paz. Es asombroso, en este sentido, el cambio de mentalidad militar española, hoy profundamente identificada con las misiones de paz y atendida a un sentido democrático hace unos años impensable.

El caso específico de las relaciones con Cuba es especialmente sorprendente. La dictadura marxista-leninista de Castro mantiene su relación constante con España, cualquiera que sea el régimen de ésta: dictadura o democracia, centro, izquierda o derecha. Por encima de incidentes y fricciones, la relación se mantiene y se intensifica. Todo se supera. Ahora, después de una inicial tensión con el nuevo gobierno español, vuelve la normalidad y las relaciones son más amplias que nunca. La próxima Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno se celebrará en La Habana. Muy probablemente el Rey hará un viaje a la isla en los próximos meses. Un periodista ha podido escribir, cuando aún no habían llegado los cordiales días de Oporto, sobre "la luna de miel que vive el Gobierno del PP con el de la revolución" (*El País*, Madrid, 26 de julio de 1998).

Se mantienen y cumplen sus tareas específicas organizaciones intergubernamentales como la Organización de los Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), que es la UNESCO de nuestra Comunidad, la Asociación de Capitales Nacionales y la de Municipios, la Organización Iberoamericana de la Seguridad Social, la Organización de Televisiones Iberoamericanas (OTI), etc. Y se acaba de constituir una Comunidad Filosófica Iberoamericana, que considero un paso trascendental en la unidad de nuestra cultura.

Es evidente el interés por la comunicación televisiva, en creciente progresión, a través del satélite Hispasat, que atenúa en alguna medida la invasión de medio millón de horas anuales de producciones norteamericanas en las televisiones iberoamericanas. Aunque, hay que confesarlo, no exenta con frecuencia, de la misma degradación, chabacanería y mal gusto de cualquier otra.

También se extiende en España la red de estudios sobre el Nuevo Continente, creándose numerosos centros de investigación y enseñanza. El Consejo Español de Estudios Iberoamericanos, que es la sección española de la FIEALC, e igualmente es miembro de SOLAR, agrupa ahora a más de medio centenar de entidades destinadas a estos estudios, entre departamentos universitarios, fundaciones y centros de iniciativa privada. Cada año realiza una asamblea o congreso en una ciudad española, cada dos años congrega a varios cientos de especialistas en un Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, que alterna con el también bienal europeo que organiza el CEISAL. Al tiempo, la Casa de América de Madrid desarrolla una actividad intensa, de cursos, seminarios, conferencias, presentaciones de libros, exposiciones, etcétera.

Paralelamente, proliferan las ONG que desarrollan la mayor parte de sus actividades en las naciones iberoamericanas. Actualmente tienen en marcha 460 proyectos de cooperación en todos los países de la región.

Hay que señalar, como especial e intensa vinculación hispanoamericana, el mantenimiento de la presencia de sacerdotes y monjas españoles en los países iberoamericanos. De los 200 000 (50 000 sacerdotes y 150 000 monjas) que mantiene la Iglesia Católica, unos 25 000 son aportados por España, de los cuales 16 500 están en Iberoamérica.

En las Autonomías españolas, organizadas a raíz de la Constitución de 1978 —España es un “Estado de Autonomías”: 17 más Ceuta y Melilla, Estado cuasi federal, con poderes muy descentralizados— existe un gran interés por la relación con los pueblos americanos. Misiones encabezadas por los presidentes de las Autonomías viajan constantemente para consolidar lazos y fortalecer vinculaciones comerciales. Cataluña, Galicia, el País Vasco, Canarias, Extremadura, etc., rivalizan en este esfuerzo. La Comunidad de Extremadura, incluso, establece en su estatuto, en forma explícita, esta vinculación. Su artículo sexto expresa: “Las instituciones de la Comunidad Autónoma de Extremadura, dentro del marco de sus competencias, ejercen sus poderes para impulsar el estrechamiento de sus vínculos humanos, culturales y económicos con la nación vecina de Portugal y con los pueblos de Hispanoamérica”. Cáceres se ha convertido en un centro regular y permanente de reuniones iberoamericanas.

No se oculta a nadie un capítulo singularmente significativo de esta vinculación, por cuanto ha provocado conmociones infor-

mativas notables: la persecución por la Justicia española —con clara independencia del Ejecutivo, como corresponde a una democracia sólida— de dictadores latinoamericanos acusados de terrorismo de Estado y que han escapado de una u otra forma —a través normalmente de leyes de autoamnistía— a la acción de la justicia de sus países. Así se pudo producir el “arresto preventivo” del general Pinochet en Londres, tras la orden de busca y captura impartida por un juez español a través de la Interpol. Es, sin duda, la apertura de un nuevo capítulo del Derecho Internacional, que fuerza a poner en marcha con urgencia el Tribunal Penal Internacional acordado en Roma en julio pasado, con la oposición de Estados Unidos.

No debe ocultarse un hecho que realmente permanece poco destacado entre nosotros, pero que estimo es singularmente importante para la vinculación auténtica, honda, de España con la América mestiza: el descubrimiento del factor mestizaje que significan las poblaciones indígenas. No hay más que retrotraerse a las conmemoraciones del Cuarto Centenario en España, en 1892: el hecho indígena quedaba bastante diluido. El factor hispano lo abarcaba casi todo. Cuando se produce el Quinto Centenario, en España se ha hablado más y más apasionadamente de las poblaciones indígenas sometidas que de los conquistadores y colonizadores ibéricos. Hasta la exageración se ha denostado la conquista, convertida para muchos en puro “genocidio”. Pero las desmesuras han tenido una virtud: pasado el oleaje del Centenario, con sosiego y más atentos a los hechos históricos que a las leyendas negras o rosadas, se ha llegado a un equilibrio positivo, al reconocimiento honesto de todos los factores contrarios y favorables, y a lo que es más importante: a comprender que la Comunidad Iberoamericana es mestiza, es hispana e indígena (también negro-africana) y que como tal resultante síntesis no puede mantener en el aislamiento y la postración, en la negación de sus peculiaridades, a los sectores indígenas y de procedencia africana. Afortunadamente, se ha pasado del momento de los “indigenistas” —necesarios adelantados— al momento de los “indígenas”, a que ellos hablen con su propia voz.

Y, finalmente, lo más importante y prometedor logrado en los últimos años, en la década de los noventa: las Cumbres Iberoamericanas de Jefes de Estado y de Gobierno, que vienen celebrándose regularmente cada año, desde la primera en Guadalajara

de México, en 1991, hasta la octava de Oporto en Portugal del pasado mes de octubre.

Aunque no creo que haya calado en la conciencia popular, ni española ni iberoamericana, el desarrollo de estas Cumbres ha significado un salto vigoroso y cuajado de esperanza. La conciencia colectiva aún no ha llegado a sentir la trascendencia de estas reuniones. Pero la tiene. No sé si la de La Habana, con todo el despliegue publicitario que conlleva lo que ocurre en Cuba, podrá conmover en mayor grado la conciencia en nosotros de lo que estas Cumbres significan. La de La Habana, que será ya la novena, pondrá de manifiesto la fortaleza de la unidad de una familia humana que se puede expresar a pesar de diferencias políticas profundas. Tras la de Oporto, las jornadas de encuentro se han transformado en más operativas y menos declamatorias. Una Secretaría permanente va a ponerse en marcha para el seguimiento de las obligaciones contraídas. Las reuniones generales y las particulares entre mandatarios, a puerta cerrada, siguen creando lazos de entendimiento y de amistad antes no logrados, conciencia de unidad de familia. Creo que, a través de esos encuentros, los mismos mandatarios españoles —sucesivos— han cobrado más conciencia iberoamericana de la que tenían anteriormente. Se han sentido más “en casa” —la casa común— que en ninguna otra reunión internacional. Una convivencia así no se había producido nunca —apenas un breve alumbrar en las Cortes de Cádiz de 1812. Sólo se puede sentir en toda su dimensión el hecho de las Cumbres volviéndonos hacia la fecha de 1898, cuando lo que se llamaba “desastre” era verdaderamente el nacimiento de una vía nueva de unidad.

Y lejanías

PERO viene, después, el capítulo de los elementos negativos, el capítulo que allega sombras y nos produce llagas profundas en nuestros sentimientos a quienes ponemos la Comunidad Iberoamericana, de nuestra cultura, de nuestra historia, de ese maravilloso proceso de mestización de tan largos siglos, por encima de cualquier otro sueño histórico-político.

Capítulo que comienza con un desgarramiento que se ha ido produciendo insensiblemente de la sociedad hispana respecto de la sociedad iberoamericana. Incluso más de la sociedad en sí, que

de la Administración. La España acrecida, por contra, ha decrecido en memoria histórica, en conciencia de sí misma. Y, por eso, ha perdido en gran medida lo más nuclear de esa memoria, que es América. Algo que sólo reaparece con fuerza ante páginas de desastre, como en la tan reciente de Centroamérica, en que la sociedad española se conmueve y entrega.

A medida que hemos progresado y en la medida en que nos hemos integrado en la Europa del Mercado Común y de la Unión, nos ha ido creciendo en nuestro interior una especie de vanidad de europeo nuevo, exultante: "Somos europeos. No somos como los africanos, los asiáticos... o los americanos del sur". Es decir: somos superiores (y, ya se sabe, no hay nada más insoportable que un "españolito" ensoberbecido).

A pesar de la Europa de donde venimos —con todo su último siglo de extremos abominables de barbarie, nos consideramos la única civilización verdadera, el único reino de la libertad humana. Tendemos a considerar a los iberoamericanos —convertidos en "sudakas"— habitantes de "repúblicas bananeras", tan alejadas de nuestros niveles de organización y de cultura. Curiosamente, de aquellos que más se acercan a las repúblicas americanas para ahondar en sus heridas, en sus problemas, con clara intención de solidaridad, nos quedamos con la imagen negativa. No vemos a su lado todo lo grandioso y prometedor que hay junto a sus llagas. Y el resultado viene a ser un sentimiento de menosprecio. Desde luego que hay minorías amplias que no responden a este esquema. Pero las mayorías parece que se sienten más ufanamente europeas, cuanto más distantes se sitúan de los iberoamericanos. Esas mayorías han venido en los últimos años recorriendo un camino de desencuentro.

La traducción legal obligada de la integración europea en materia de ciudadanía ha representado una extranjerización de los iberoamericanos. Estamos siendo, en nuestras leyes, mucho más estrictos europeos que, por ejemplo, los italianos. Hay multitud de argentinos trabajando en España, con todos los derechos, porque consiguieron fácilmente la nacionalidad italiana.

La discriminación en nuestras fronteras —especialmente en los aeropuertos— es muy sensible y dolorosa. Las tribus de delincuentes y narcotraficantes hispanoamericanos que aparecen entre nosotros sirven de justificación para la desconfianza. Parece contra toda razón que un finlandés —pongamos por caso— venga a ser nuestro compatriota y un mexicano o un chileno sean extranje-

ros, pero a eso hemos llegado. Ya hace mucho que los embajadores iberoamericanos en Madrid se quejaban de “la asimetría en los tratamientos, las vejaciones a las que se somete a los ciudadanos de estos países (iberoamericanos) y la contradicción que supone preparar la celebración del Quinto Centenario tratando a los latinoamericanos con las mismas exigencias que al resto de los extranjeros” (*El País*, Madrid, 20 de abril de 1991).

En 1969, todavía bajo el anterior régimen, se dio una disposición (la Ley 118/1969, del 30 de diciembre) que establecía la “comunidad laboral iberoamericana”. En su artículo único establecía: “Los trabajadores hispanoamericanos, portugueses, brasileños, andorranos y filipinos que residan y se encuentren legalmente en territorio español, se equiparan a los trabajadores españoles en lo que respecta a sus relaciones laborales”.

Y la Orden del 15 de enero de 1970 aclaraba, en su artículo 1º:

Los súbditos hispanoamericanos, portugueses, brasileños, andorranos y filipinos que actualmente trabajen en territorio nacional o pretenden trabajar en él, por cuenta propia o ajena, quedan exentos de la obligación de proveerse del permiso de trabajo que, con carácter general y para todos los extranjeros que realizan actividad laboral en España, preceptúa el artículo cuarto del Decreto 1870/1968.

Incorporados al Mercado Común, la Ley Orgánica 7/1985 del 1º de julio decía lacónicamente: “Queda derogada la Ley 118/1969, del 30 de diciembre”. Y el Real Decreto 1119/1986, del 26 de mayo, con menos laconismo, establecía: “Quedan derogadas: [...] la Orden del 15 de enero de 1970, por la que se exime a los súbditos hispanoamericanos, portugueses, brasileños, filipinos y andorranos de la obligación de proveerse de permiso de trabajo para poder trabajar en España”. Quedaba, así, disuelta la “comunidad laboral iberoamericana”. Ahora éramos país de inmigración. Y teníamos que ser muralla de Europa.

Y en esta cuestión, España se juega su propio futuro como entidad con alguna significación propia. Nos encontramos ahora situados en el más bajo escalón de la natalidad en el mundo. Somos el último país. El pueblo español no se regenera. Tenemos un índice de fertilidad de solamente el 1.3, cuando se precisa para la continuidad el 2.1. Estamos en plena “implosión” demográfica. ¿Y quiénes van a ocupar el vacío? Tendremos que abrir nuestras puertas. Y tendremos que establecer un elevado cupo de inmigra-

ción para los iberoamericanos. Es necesario y justo, porque no quiebran nuestra cultura, y porque es de justicia histórica. Pero, por ahora, lo que se da es un verdadero calvario para los iberoamericanos que deciden asentarse entre nosotros.

Se cambió en un punto la Constitución española de 1978, para que pudieran votar en elecciones municipales los extranjeros residentes miembros de la Unión Europea. Pero se olvidaron los parlamentarios de los hermanos iberoamericanos.

El órgano específico para la relación cultural con Iberoamérica, el Instituto de Cultura Hispánica rebautizado con el nombre de Instituto de Cooperación Iberoamericana, perdió su personalidad y pasó a ser una pieza de la nueva Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), que atiende a lo americano, como a lo africano o asiático.

La presencia de estudiantes iberoamericanos en nuestras universidades ha mermado sensiblemente, desde las limitaciones que se impusieron en los años finales de la dictadura. Y no es habitual el estudiante que cursa una carrera en una Universidad española. Ahora la presencia casi se limita a los alumnos de doctorado. Se añade, además, la dificultad para cursar estudios en alguna Autonomía, como la catalana, sin conocer el idioma propio.

Por otra parte, se hacen penosas y a veces insuperables las dificultades en materia de convalidación de estudios.

Es muy débil la comunicación intelectual entre españoles e iberoamericanos, diría que más débil que en otras épocas. La frecuencia de la presencia de las mejores cabezas de una u otra orilla del Atlántico en el otro lado es muy escasa.

Un olvido escandalosamente grave: cuando se establecen los principios que deben impulsar el retorno de las Humanidades —tan desplazadas— a la enseñanza, se destaca la conciencia europea y se olvida a la iberoamericana. Las conclusiones de la Comisión de Humanidades (23 de julio de 1998), integrada por personalidades de la Educación y la Cultura, dicen en su punto 6º: “La historia debe sobrepasar la perspectiva local para abrirse a una visión más universal. Es fundamental, por ello, contemplar de forma expresa lo que hay de común con los demás pueblos de Europa y que fundamenta la actual integración europea. El sistema educativo debería garantizar el aprendizaje de las principales lenguas europeas”.

Se insiste en el punto 8º en los conocimientos de la geografía europea. Pero en ninguna parte aparece la menor referencia al es-

tudio de “lo que hay de común” o a la geografía de los pueblos de nuestra cultura en América.

Diría que la clase dirigente española, en todas sus facetas y en todas sus orientaciones, es, en principio, poco sensible a lo iberoamericano. Con pocas —aunque sí algunas— excepciones. Sus ojos se orientan unilateralmente a Europa. De aquí la importancia de los Congresos y las Cumbres, porque han ido forzando que esa actitud de principio varíe. Los políticos españoles han sido tocados muy profundamente por la convivencia en las Cumbres. Las Cumbres han sido una amplia ventana para ir descubriendo una realidad familiar que antes se les presentaba como pura retórica del día 12 de octubre.

Entre Nación Grande y Patria Grande

LA realidad es inquietante, aunque no enteramente perdida. ¿En dónde estamos? ¿Qué es lo que verdaderamente queremos?

Desde luego es forzada la comprensión de que ya nuestra Nación-Estado, la de cada uno, no puede ser verdadero agente histórico, de que la Nación, como entidad actuante con presencia en el mundo, tiene que ser resultado de la integración.

Es forzada la constatación de que estas integraciones se están produciendo ahora según el principio de la continentalidad (geográfico, del *estar*) y no desde el principio de la raíz cultural (histórico, del *ser*).

Y es, finalmente, necesario comprender que en nuestro caso esta formulación continentalista no puede ser asumida en su integridad, porque ello significaría un verdadero suicidio histórico para España.

Parece como si el sentido actual de Nación —protagonismo político internacional— nos viniera dado sólo por motivaciones económicas, las que originaron la unidad europea.

Pero, al mismo tiempo, el sentido de Patria —es decir: de tarea, de causa, de proyecto de validez universal— nos viene dado por la Comunidad Iberoamericana. La síntesis de razas, de culturas y sistemas de organización social es nuestro verdadero “eje diamantino” en la Historia. Y, estemos donde estemos, le debemos fidelidad, o desapareceremos.

La unión de Nación y Patria, de fuerza con capacidad de intervención en los asuntos del mundo y de proyecto que dé sentido a

esa intervención es, por supuesto, el ideal más alto. Pero, en nuestro caso, por ahora, es imposible. Nos lo han hecho imposible.

La gran tarea que se nos presenta a nosotros, los miembros de la Comunidad Iberoamericana de la vertiente continental europea, el gran reto, es poder conjugar la integración "nacional" europea con la integración "patrial" iberoamericana. Hacer compatible una integración político-económica continental europea con la fidelidad a la perspectiva universal iberoamericana, expresada en el gran motor del mestizaje, nuestra gran "utopía posible", que se ofrece a la Humanidad para la superación de todos los parcialismos presentes: entre razas, entre culturas, entre sistemas. Difícil reto: pero el ejemplo de un siglo de la pequeña Borinquen muestra que es posible superarlo.

Nuestro desafío —al que ahora no estamos respondiendo con el vigor necesario— tendría que empezar en la misma escuela. ¡Y hacemos lo contrario: enseñamos lo local y lo europeo, olvidando lo hispano!

De no entender lo coyuntural de esta "Nación" de ahora y lo permanente de la "Patria" que hemos venido construyendo en la historia, de encerrarnos solamente en el pancontinentalismo europeo, España habría consumado la mayor deserción de su vida histórica. Se habría, simplemente, negado a sí misma. Pues sin Iberoamérica, España desaparece.

Por eso, los pueblos de Iberoamérica, de la América indohispana, deben dejar de ser condescendientes con nosotros. Deben empezar, con firmeza, a exigirnos que tengamos memoria histórica. A exigirnos que no nos encerremos en la visión de que todo se acaba con el progreso de los niveles económicos.